



# La revolución del deseo

JULIA NARCY (UNLP)  
19 DE JUNIO

---

Hace siglos, condensados en los últimos meses, que nos estábamos preparando. Hace abuelas, madres, amigas, compañeras que venimos caminando.

Estamos echando luz sobre la clandestinidad. Barriendo rincones, sacando tierra de los huecos, mitigando insomnios, cicatrizando heridas, nombrando el dolor.

Nos preparamos para esta jornada con la furia amorosa que nos hermana porque sabemos que nadie se salva sola. Que la única lucha es colectiva y que la potencia con la que venimos sacudiendo la tierra, abriendo grietas por todos lados en donde podamos

entrar e iluminar con luz insurrecta, es la potencia de la entrega solidaria, colectiva, de ancestras luchadoras, sufridas, dolidas, pero por sobre todo es presente. Un presente que se ha vuelto tenazmente irreversible.

Es la dignidad de sabernos creadoras la que nos impulsa a hacer fuerza para decidir.

La calle viene calentándose hace meses. El Congreso es testigo de invasiones de pañuelos verdes los días martes y jueves, de miles y millones de mensajes de coordinación, trabajo compartido, ilusiones, venganzas, rituales y encuentros. Asambleas, bombos, canciones, gritos, manifiestos, poesías, confesiones, llantos. Como si nuestro país se hubiese convertido este 13 J en un enorme sube y baja que se inclina hacia el centro de la Ciudad, con el eje en un lugar imaginario donde estamos todas para entregarnos y deslizarnos hacia allá, donde nuestros representantes, custodiados por nuestros cuerpos convertidos en una ola verde infinita, sintiesen el abrazo y la detención del tiempo en un *ya*.

Miércoles 15:30 horas. El subte parece haberse convertido en un expreso al Congreso, eso se respira al subir y encontrar los vagones plagados de mujeres y varones con sus pañuelos verdes en el cuello, en la muñeca, en el pelo, en la frente, en las mochilas. Una chica con la mitad de la cabeza rapada se besa dulcemente con otra de pelo larguísimo y pantalones que ajustan sus piernas flacas y rectas. Grupos de adolescentes comparten sus pantallas iluminadas y se ríen a carcajadas. Yo viajo sola pero me siento parte de una gran comunidad espontánea. Bajamos en manada en la estación Callao. Nos da trabajo subir las escaleras. Más que trabajo, es la ansiedad de querer llegar que nos tiene a todas, creo, víctimas de una lentitud que contrasta con nuestro ritmo cardíaco y de tipeo en los mensajes que no dejamos de enviar mientras armamos la enorme fila india para salir. Un ritmo acelerado nos tomó, o lo tomamos nosotras. Sí, es así. El tiempo lo marcamos nosotras hoy. Y esa medida temporal por momentos se vuelve totalmente abstracta.

La ciudad se condensó en Callao y Rivadavia o al menos eso sentimos todas las que llegamos hasta acá. Hay tribus cantando, abrazándose, hay gritos, risas y danzas de una diversidad abismal. Las calles alrededor del Congreso se vuelven totales y están plagadas de utopía.

Me encuentro con mis compañeras de la percusión sindical de ATE en la puerta del UTE como quedamos. Es indisimulable la euforia. Todas nos sentimos protagonistas esta tarde. Cada una juega su papel principal en la calle. Es un día helado de comienzo de invierno y nos vinimos preparadas para que el clima no sea un tema hoy.

Sabemos que la jornada va a ser larga y eso nos trajo preparadas para soportarla sin perder el goce. Abrigos, camisetas, guantes, bufandas, gorros, camperas.

Algunas de las pibas trajeron maquillajes que ya conocemos. Son los maquillajes de la lucha, no son los que usamos en la otra vida: glitter, lápiz de labios violeta, brillos verdes. Brillar. Nuestra lucha viene siendo brillar, lustrándonos entre todas.

Mientras nos maquillamos en el baño, una piba le dice a otra que le acaba de venir, *justo hoy*. Mientras me miro al espejo y corrijo mi sombreado alrededor del ojo derecho oigo que se suman un par de pibas más diciendo *a mí también, boluda*.

Salimos a la calle. Nos calzamos los instrumentos listas para la batalla, que no es contra nadie, pero es a favor nuestro.

Nos ponemos a tocar con la intensidad mántrica de siempre pero esta vez el ritmo corre paralelo al porroteo de los votos en el recinto. Avanzamos escoltadas por las pibas de organización que con cordones de sogas y telas enmarcan nuestra formación haciéndola más bella todavía. Se abre un espacio en esa gran arteria verde por la que circulamos en dirección a la carpa sindical, dentro de la plaza, golpeando los surdos, bombos, repiques y redoblantes con la irreverencia más justa.

No veo nada en particular, más que una ola zigzagueante de mujeres poderosamente felices. Es una fiesta inmensa, y en medio de la pista se destaca en un instante el grito de mi hija Juana, que está con sus amigas y amigos, y nos cruza de causalidad. Levanta los brazos para agarrarme del otro lado del cordón, logramos entrecruzar nuestros dedos en lo alto por un instante brevísimo y feroz. Llora y me río. Ella también. Nos soltamos y nos lanzamos besos en el aire, como cuando era chiquitita y la despedía en la puerta de su salita de jardín. Hace tres días que no la veo, que no duerme en casa, porque como dirigente estudiantil está tomando su colegio en la misma lucha en la que yo, y que todas estamos dejando todo. Hace tres días que nos hablamos por whatsapp y le pregunto si

tomó el antibiótico, si tiene frío, si pudo dormir. Cuento por decenas los emoticones en forma de corazón verde que nos hemos enviado. Hace tres días que la imagino en la calle, agitando su dedo índice enfatizando su discurso en la asamblea. Hace tres días que miro las historias de Instagram de su agrupación y sonrío al verla reír con su bocota astuta. Tiene 17 años y la convicción y la alegría de un sueño vuelto vigilia.

Ida y vuelta a la carpa tocando, abriendo camino y viendo caer la noche. Dejamos los instrumentos en UTE, y me pasan a buscar mis amigas que salieron de trabajar. Nos abrazamos con la intensidad del día perfecto, una me dice *me acaba de venir después de cinco meses, boluda*. Le cuento la conversación que oí en el baño y coincidimos en que no es una casualidad. Los úteros están revolucionados hoy. Nos reímos. *Nuestros cuerpos celebran abortando*, le digo. Ahora caminamos de vuelta hacia la plaza, sin instrumentos más que nuestros propios cuerpos, atentas a todo, atentas a todas. Parecemos hormigas desquiciadas. Hormigas guerreras, organizadas en caminos laberínticos. Nos sentamos en el bar Celta a tomar una cerveza. Aquí también reina la utopía. Todos están de fiesta con sus pañuelos y sus miradas cómplices. Hay gente grande, jóvenes, grupos. Por momentos hay oleadas de canciones que calientan gargantas dispuestas a todo esta noche. La pantalla de la tele transmite en vivo el debate puertas adentro del Congreso. Alternamos entre esa pantalla, y las de nuestros celulares mirando twitter, trayendo conversaciones recientes, reanudando relatos pendientes. Todo es urgente hoy. Los chats se llenan de contenidos con textos e imágenes que no podemos dejar de ver. Todo queda supeditado a las novedades, que son numerosas aunque no sean nuevas. *Sacá TN la yuta que te parió*, cantamos también para exigir el cambio de canal de la pantalla. Todo es exigente de nuestra parte ahora. No estamos acá para pedir nada, pienso.

Dejamos el bar y volvemos a la plaza. Siento que es de madrugada pero sólo son las diez de la noche. Me despido de mis amigas con otro abrazo más. Se vuelven a La Plata, las veo alejarse y ser absorbidas por la marea verde y sonrío.

Emprendo la vuelta camino al subte, pero me interceptan las pibas del sindicato que vienen caminando como borrachas, de felicidad. Una de las pibas puso un puesto en la calle Perón para vender bondiolas a la parrilla que todas probaron en un excite fenomenal. Me hablan de la bondiola, de la votación que se viene, del discurso de la diputada que nos

comparó con perritos, de Máximo Kirchner y de lo potente que estuvo nuestro toque y los comentarios eufóricos de las compañeras que estaban ahí.

Nos quedamos en ese estado de agite permanente hasta que me gana el cansancio, las ganas de estar en la cama después de horas y horas de estar en la calle y sentir los pies entumecidos y la cintura inflexible. Disimulo y me voy alejando de a poco, no quiero despedirme de ese magma amoroso. Corro sin saludar a nadie y busco como autómeta la boca del subte para tomarme el último tren de la noche.

Tengo restos no poco evidentes de glitter en mis ojos y mejillas, aún siento la presión tibia en mi espalda y hombros de los abrazos que recibí esta tarde y noche. Un vagón vacío se llena de nosotros y nosotras y vibra de aplausos después de que el maquinista nos dice *arriba compañeros y compañeras que sale la ley*. Todos estamos sonrientes. Nadie sube más allá de Callao. Tengo la sensación de que estábamos todos y todas en la Plaza. Imagino una ciudad completamente vaciada como un reloj de arena con todos sus granitos en el Congreso.

Dormí pocas horas. Como la mayoría. Seguí el debate desde la cama, abrigada y con el corazón en la mano. Mi celular suena y se ilumina con cientos de mensajes. Se votó. Lo hicimos. Sigo sin sacar la mirada de la pantalla y superpongo prendas de abrigo sobre mi cuerpo erizado y ansioso. Huyo de casa. Vuelvo a colocarme los pañuelos verdes en el cuello y en la muñeca, para viajar a nuestra calle con la sonrisa perpetua de sabernos sin límites. Hoy podemos todo. Eso celebramos en cada encuentro fortuito desde que bajo del subte en la mañana fría del jueves y piso Callao, que con sus restos de batalla ganada está decorada más sorora que nunca.